

LIBROS



Luz del Alba Velasco, *Mujer que fuma tabaco, allá en el espejo*, 2004.
Mercado de Peixe.

Identidad femenina, etnicidad y trabajo en Nuevo México

Calisto: ¿Qué me repruebas?

Sempronio: Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer.

La Celestina, Acto primero,

FERNANDO DE ROJAS.

Laurencia: Liebres cobardes nacisteis; bárbaros sois, no españoles.

Gallinas, ¡vuestras mujeres sufrís que otros hombres gocen!

Poneos ruelas en la cinta:

¿para qué os ceñís estoques?

[...] Caminad; que el cielo os oye.

¡Ah, mujeres de la villa!

¡Acudid, porque se cobre vuestro honor, acudid todas!

Fuente Ovejuna, Acto tercero, escena III,

LOPE DE VEGA.

Quisiera comenzar este escrito formulando la pregunta: "¿Sabes hacer mermelada de durazno?" Quizá resulte extraño para las personas que probablemente lean esta reseña, sin embargo; quien inicie de esta forma, estoy convencida de que al terminar la lectura encontrará la lógica de tal indagación.

De nueva cuenta, María J. Rodríguez-Shadow nos proporciona la oportunidad de adentrarnos en el mundo femenino. Esta vez con un libro que trata de una comunidad rural de origen mexicano enclavada, desde las primeras décadas del siglo XIX, en el norte de Nuevo México; o sea, desde antes de que este territorio formara parte de los Estados Unidos. Se refiere a Mora y,



en particular, a las mujeres de Mora. Generalmente cuando se estudia la historia de México, se suele decir que Nuevo México perteneció a esta República hasta 1848, y que con el Tratado de Guadalupe Hidalgo se perdió junto con más de la mitad del territorio nacional; pero pocas veces nos preguntamos qué le ocurrió a la gente que decidió permanecer del "otro lado de la frontera del Río Grande", aquella de origen mexicano que se convirtió, de repente, en un conjunto de personas extranjeras en su propia tierra, con un idioma y costumbres sociales, económicas, políticas y religiosas, además de las características propias de su origen étnico, que las distinguieron desde entonces de los nuevos conquistadores anglosajones.

Se podría afirmar que la gente de Nuevo México padeció dos invasiones de conquista: la de los españoles que sometieron a los indios *pueblo* a finales del siglo XVI, y la de los estadounidenses que se apropiaron por la fuerza de las armas de ese espacio a mediados del siglo XIX. Y así como los indios perdieron o vieron transformadas de manera violenta sus antiguas costumbres y su autonomía bajo el dominio español, de igual manera, los mexicanos se vieron despojados de su situación privilegiada, no sólo por las riquezas materiales que poseyeran, sino por el ataque sistemático a sus formas de vida.

La mirada que el grupo dominante posó sobre ellos los transformó, según esta percepción hegemónica, en seres supuestamente inferiores. Si eso se aprecia a nivel general, ¿qué se puede decir a nivel particular en el caso concreto de las mujeres de Mora? Casi todos los escritos históricos, sociológicos y antropológicos que se han hecho sobre los habitantes de origen mexicano en Nuevo México, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, versan sobre la discriminación que éstos padecen; por otra parte, se

revisan detalladamente los aspectos lingüísticos o étnicos, las oportunidades de vida tanto en educación como en el sector laboral, la competencia con los anglos, la política chicana, las manifestaciones artísticas o religiosas de la gente de *la Raza*, las formas arquitectónicas, los rituales e, inclusive, la gastronomía regional. Pero, ¿qué se dice de forma precisa acerca de las mujeres de origen mexicano? La autora encuentra en esta cuestión el motor que impulsa su obra y la distingue de otras que tratan de la gente mexicana en Nuevo México:

Aunque sólo sea brevemente, deseo expresar el porqué elegí el tema que abordé aquí y el cómo del enfoque. Otra vez, como ya lo señalé en un estudio que realicé con anterioridad [...], cuando se investigaba y se escribía sobre "los aztecas" se hacía referencia sólo a "lo importante", esto es: la guerra, la filosofía, el arte, el sacerdocio, el comercio o la política. En los análisis de la sociedad azteca sólo se estudiaba lo "relevante": las actividades masculinas. ¿Qué se decía de las mujeres?: casi nada, unas líneas en este libro, unos párrafos en aquel otro y ya, eso era suficiente. ¿Para qué gastar tiempo y tinta en estudiar lo superfluo? Esa es la misma motivación que me impulsó a escribir sobre las mujeres de esta área. (p. 22).

El contenido de este libro es diferente porque no sólo habla de mujeres, sino que las analiza desde diversas perspectivas, ya sea por ser extrañas en su propia tierra o, discriminadas en un sentido múltiple: por su etnia, estrato social y género,¹ tanto del propio grupo social como externamente en su

1 La autora proporciona su propia definición de este concepto: "Género es, entonces, el conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos, las cuales constituyen a los actores sociales, mediante

relación con la comunidad estadounidense de origen anglosajón. Efectivamente, es una obra que aporta a los estudios de género nuevos datos y originales interpretaciones, y toma como directrices tanto a la identidad étnica como a la cultura de trabajo para analizar la construcción social, económica, política y simbólica de la identidad de las mujeres moreñas como tales.

Contiene un apartado teórico muy sólido en que analizar las distintas posturas y enfoques con respecto a los estudios de género, etnicidad y cultura laboral; asimismo, revisa exhaustivamente una extensa bibliografía y recurre a las fuentes hemerográficas para reconstruir la historia de Mora y de los habitantes de origen mexicano del sur de los Estados Unidos. Por otro lado, a través de entrevistas y la aplicación de cuestionarios a 38 mujeres moreñas de entre 20 y 90 años de edad, realizadas durante un año (junio de 1991 a mayo de 1992), recrea la vida familiar, social y el mundo femenino de Mora del siglo XX.

Incluye, además, un glosario conceptual sumamente útil para las personas interesadas en esta temática. Todo ello escrito con un lenguaje accesible a cualquier tipo de lector. Como bien señala Beatriz Barba de Piña Chan, en el prólogo al referirse a las cualidades de este escrito y la trayectoria de María J. Rodríguez-Shadow:

Su valiosa aportación sobre fenómenos antropológicos en Estados Unidos es

procesos sociales y culturales, esto es, tanto a los sujetos como a los grupos sociales. La distinción entre sexo y género es necesaria para entender cómo se imbrican, a través de un complejo proceso individual y social de adquisición del género, los rasgos definidos como femeninos." (p. 18).

- 2 Esta es la forma que usualmente sirve para referirse a los anglos, aunque la autora aclara que en Mora también se utilizan otros términos como "bolillo" y "gabacho" (p. 27).

particularmente reconocida porque se ha enfocado en poblaciones de origen mexicano, que son las menos estudiadas por los científicos norteamericanos. Sus conclusiones han sido contundentes, demostrando que ser mujer no es condenatorio en la sociedad norteamericana, pero si eso se aúna al hecho de ser latina, morena y formar parte de grupos sociales que sí tienen discriminación hacia el sexo, se provoca una reacción secundaria en la población sajona que se traduce en actitudes sexistas y concluyen en la explotación de las mujeres de origen mexicano. A todo ello se suma la disimulación de la oportunidad social, educativa y política. (p. 10).

A lo largo de cuatro capítulos, Rodríguez-Shadow nos ofrece una visión muy completa que permite entender la construcción de la identidad femenina de las moreñas. Antes de abordarlos, resulta necesario aclarar que la autora prefiere el término *mexicanos* para referirse a la gente de Mora:

Cuando haga uso de la palabra chicano(a), lo haré para designar a los grupos de ascendencia hispana (o de progenitores mexicanos) que militan políticamente para obtener reconocimiento de sus derechos legales.

Cuando mencione a los y las mexicanas estaré hablando del grupo que es objeto de mi interés aquí, es decir, con este término hago referencia a las personas de Mora, nuevomexicanas rurales que se autodesignan como mexicanas para diferenciarse de los "gringos",² que representan para ellas la "otredad", sin que por ello quiera decir que son ciudadanas mexicanas o que se identifican con los mexicanos, gente nacida en la República Mexicana como quien esto escribe. Por supuesto que al usar el término "mexicano" o *mexican* para referirse a sí

mismos no significa que no se consideren ciudadanos norteamericanos, simplemente usan esta palabra para hacer referencia a su cultura. (p. 26)

A partir de la pregunta que la autora formula al inicio de su obra: "¿cuáles son las prácticas materiales y simbólicas que permiten a las mujeres de Mora forjar una noción de identidad en su dimensión de género, de grupo étnico y de cultura de trabajo?" (p. 13), inicia un vasto recorrido que incluye toda una disertación a nivel teórico y conceptual, ejemplos de los testimonios de las moreñas. A continuación, trataré de proporcionar las principales características de cada uno de estos apartados:

1. En el primer capítulo Rodríguez-Shadow proporciona información acerca de los antecedentes históricos de Mora, desde los primeros asentamientos durante el periodo colonial hasta la guerra de 1846. Enfatiza el carácter rural de su población original, a la que por cierto distingue como mestiza y no española: "*Estos pioneros 'españoles' no eran ni españoles ni indios, sino mexicanos* (Weber, 1976:16)" (p. 32). En el municipio de Mora destacan "tres regiones ecológicamente distintivas." En el este se dio la cría de ganado por ser zona de llanuras; al centro se practicaron las faenas agrícolas debido a la fertilidad de las tierras, y entre los cultivos principales destacan el trigo, forraje, maíz, alfalfa, chícharo, avena y cebada; en la región del oeste, al pie de las altas montañas, se desarrollaron la industria maderera y la minería. Durante el periodo colonial, el territorio que ocupa actualmente Mora fue una zona de tránsito de comerciantes indios y cazadores de bisontes, tanto como terreno de caza y de aprovechamiento del pasto.

Desde 1818 se intentó fundar un poblado, pero hasta 1835 la Merced de Mora "fue reconocida oficialmente por las autoridades

mexicanas" (p. 33). Luego de que Mora pasó a formar parte de los Estados Unidos de Norteamérica, arribaron a la región "numerosos inmigrantes europeos que se ganaban la vida como comerciantes", en particular de origen alemán, austriaco, irlandés, polaco, francés, belga e inglés (pp. 37-38).

Estos inmigrantes se casaron con las mujeres moreñas y hasta la fecha entre los residentes locales hay quienes tienen apellidos de origen extranjero. También llegaron anglosajones de la parte este de los Estados Unidos. Actualmente, en Mora a los hijos de "gringo" y mexicana, o de mexicano y "gringa", se les dice *coyote*. Mora vivió sus mejores épocas en las últimas décadas del siglo XIX, pero la bonanza comercial se terminó luego de la Depresión de 1929. Hasta la fecha, no se ha recuperado económicamente.

2. En el segundo apartado, la autora aborda el tema de la construcción de la identidad femenina moreña considerando para su análisis un conjunto de marcos analíticos y conceptos teóricos, y haciendo una revisión de las principales variables para la definición de la identidad de las moreñas; a saber, la maternidad y el matrimonio; en ese mismo sentido, se revisan las representaciones sociales en torno a la autoridad, la virginidad, el divorcio y la violencia doméstica, y los principales cambios en la situación de las mujeres de Mora luego de la Segunda Guerra Mundial:

Yo me voy de la casa, voy a irme a vivir a Las Vegas, no importa que tenga que arriar hasta acá /Mora/ para trabajar; mis hijos se van conmigo. Irán a la escuela en Las Vegas. Ellos son lo más importante en mi vida, ellos me siguen adonde yo vaya. Podré quizá en el futuro tener otro compañero, otro marido, ¿quién sabe? Los lazos con el esposo se rompen, con los hijos, jamás. Ellos se-

guirán siendo mis hijos aunque yo tenga ochenta años. (p. 62)

Las cosas han mejorado para las mujeres, el trabajo en la casa es menos pesado... aunque igual de aburrido... mi abuela trabajaba como perro, mi mamá también le tocó trabajar duro, pero ya fue menos pesado. A mí, que no soy una mujer que tiene su casa brillando de limpia, me va mejor. Quisiera que mi hija tenga una vida mejor, que agarre colegio para que se pueda mantener sola y no se quede burra como yo. Antes la mujer era la esclava del hombre, ahora hacen más cosas para ellas mismas, tienen más control sobre sus vidas, pueden educarse o conseguir un trabajo que les posibilite su independencia, Dios las mira de su derecho [sic], son alguien... (p. 82)

De esta forma, Rodríguez-Shadow reflexiona acerca de cómo "la identidad femenina no está sobredeterminada por la biología, sino influida por coyunturas específicas, principios estructurantes y la experiencia, conceptos a partir de los cuales, como señala Riquer (Riquer, 1992:61) 'se pueden articular las representaciones colectivas sobre los seres humanos diferenciados sexualmente, con la manera en que estas representaciones son vividas e interpretadas por sujetos individuales a la luz de vivencias acumuladas, decantadas y convertidas en representaciones sociales'" (p. 92).

3. En este capítulo, la autora analiza la identidad étnica de las mujeres de Mora, incluye una argumentación sumamente erudita de los enfoques teóricos que se han elaborado para su comprensión, en particular el determinismo biológico, el enfoque culturalista, el enfoque clasista y el colonialismo interno. Este apartado abarca, asimismo, una lectura del mito de la hispanidad y la percepción de las particularidades, tanto en positivo como en negativo, de cómo com-

paran las mujeres de Mora a los *mexicanos* con los anglosajones.

Llama particularmente la atención el análisis del lenguaje; es decir, del uso del idioma español en Mora, que, según Rodríguez-Shadow, ya no es precisamente el de los hispanohablantes de Nuevo México, sino un español muy particular que se recrea localmente en esta comunidad rural del norte de esa entidad. Lo mismo incluye arcaísmos que regionalismos, y el uso de palabras adaptadas a las nuevas necesidades, como "arriar" en vez de "manejar" (conducir un automóvil):

En Mora, al igual que en otras regiones del suroeste de Estados Unidos, el español y el inglés se mezclan de manera graciosa y creativa... pero también (de manera asimétrica) el inglés es usado en la vida y los espacios públicos, en situaciones oficiales, profesionales o laborales y cumple entonces determinadas funciones 'altas', de prestigio. El español, en cambio, queda reservado para el ámbito privado, la vida cotidiana, el espacio familiar, la intimidad (Hamel, 1994a, 1994b), o cuando se desea expresar sentimientos muy profundos, plegarias o poesía. (p. 148)

En este mismo apartado, la autora reflexiona acerca de la construcción ideológica que los grupos dominantes hacen de los grupos subalternos, y sobre cómo éstos terminan reconociéndose en determinados modelos que los colocan en una situación de inferioridad en el terreno de las representaciones sociales. Así, incluye ejemplos bastante reveladores que ayudan a comprender que esta construcción negativa de la gente mexicana, hecha por los anglosajones refiriéndose a los mexicanos residentes en Nuevo México, es de muy antigua data. Esta elaboración empezó apenas los invasores tomaron posesión del territorio recién arrebatado a México:

"En un país en donde el burro y el niño mexicano son camaradas, en donde las señoritas de ojos lindos, prietos y malignos renlegan y amenazan y en donde los hombres resolanean alrededor de las cantinas esperando la cerveza [...] practican sus antiguas costumbres españolas y contemplan con desdén las costumbres nuevas que induce la civilización moderna. Así como los hombres son malignos y flojos, las mujeres son disolutas e infieles. Las mujeres absuelven los hechos sucios de la noche con invocaciones fervorosas y con penitencias durante el día". Palabras de un corresponsal del *Globe* citadas en el periódico *La Voz del Pueblo*, en julio 16 de 1892. Esto motivó que el Juez Superior James O'Brien asumiera la defensa por escrito de los pobladores de Las Vegas, N. M., población cercana a Mora. (pp. 127-128)

A los ojos de los primeros visitantes que llegaron a la región después de la anexión de este territorio, los mexicanos sólo eran una caterva de holgazanes que no merecían las tierras de las que eran dueños, las cuales deberían pasar a manos de los anglos, quienes les darían el uso apropiado y provechoso. La imagen propagada de los mexicanos es que éstos eran una raza degenerada, de carácter fatalista, de naturaleza cobarde y que deberían quedar subordinados al dominio de una raza superior (Horsman, 1985: 314-316; Ortega y Medina, 1989) [...] Los investigadores, al actuar como intelectuales orgánicos, retoman, crean o reproducen, consciente o inconscientemente a través de sus estudios, las representaciones sociales negativas que luego son adoptadas o modificadas por los grupos estigmatizados. [...] ¿Los mexicanos se ven a sí mismos de la

manera en que son retratados por los estudiosos y los periodistas? Opino que, en efecto, los mexicanos han adoptado parcialmente la imagen negativa que se tiene de ellos. (pp. 132-134)

Además, describe las prácticas religiosas y reflexiona acerca de los valores tradicionales que se han ido perdiendo:

Se recuerdan con añoranza las reuniones que se hacían entre los vecinos al final de las cosechas, cuando se mataban cerdos, luego cocinados comunalmente por las mujeres y saboreados por todo el barrio, así como las tardes invernales que la familia pasaba reunida junto al calor de la chimenea riendo y contando anécdotas o rezando el rosario. (p. 159)

El 12 de octubre se celebra "El Cambalache". Es la ocasión para que los artesanos (profesionales o domésticos) y los agricultores realicen la venta o el intercambio (trueque) de los artículos, mercancías o bienes manufacturados; es decir, es una especie de feria local. Cada año le toca ser anfitrión a un poblado distinto; a Mora le correspondió en 1990. Llama la atención que la fecha, aclara Rodríguez-Shadow, no se relaciona directamente con el "Día de la Raza" o "el descubrimiento de América", pues: "Uno de los propósitos de organizar este acto es, según los promotores, *trade goods, news and ideas... [y] celebrates the end of a fruitful season and the release of our penas and envidias of the past year.*" (p. 131)

Rodríguez-Shadow proporciona información del tipo de música que les gusta a las mujeres de Mora:

Una moreña de 35 años comenta que su cantante favorito es Julio Iglesias. Otra de 35 años dice que la música que le gusta es la *country western*. Otra entrevistada de 35 años señala que le gustan los mariachis. Una informante de

37 años asevera "me gusta más la de Antonio Aguilar y Cornelio Reyna" [...] Otra moreña de 63 años admite que le gusta la música nortea y *country western*, también menciona a Antonio Aguilar y Bandolero /una banda musical *mexicana* de Albuquerque, N. M./.

Una de 65 años dice que le gusta la música mexicana, de mariachis y la nortea; entre sus preferidos están: Los Tigres del Norte, Antonio Aguilar, Ana Gabriel y Lucerito. (pp. 160-161)

En cuanto a las costumbres culinarias, es interesante la descripción que hace de las comidas tradicionales y de la elaboración de diversos platillos que antiguamente se hacían utilizando las distintas partes del puerco, como el *head cheese*, el queso de cabeza hecho con la carne y la piel de la cabeza del cerdo, "que se hervían con un trozo de hígado, corazón (todo lo cual era molido y mezclado con cebolla cortada muy fina y bastantes especias y chile rojo)" (p. 155).

Una de las entrevistadas, moreña de 35 años, comenta que: "Todo lo que eran y hacían [las mujeres de antes] era para la familia y eso es bueno; ahora es negativo que las mujeres de ahora no saben... cocinar... hacer tortillas y eso es perder la cultura y está mal." (p. 154). Pero las moreñas han incorporado otras comidas a su dieta, tales como los tacos, las enchiladas, los tamales y los burritos, lo que según una de las informantes "no tiene más de 50 años" (p. 154). Además, la introducción de las festividades anglosajonas, aunque éstas no sean comprendidas del todo por la gente mexicana nativa de Mora, ha permitido a las moreñas celebrar el *Thanksgiving* con frijoles cocinados con *chicos* (maíz seco tostado a la usanza de los indios *pueblo*) y carne de puerco, capirotada y té, en vez del pavo que acostumbra comer los estadounidenses de origen anglo.

Al dar las razones por las cuales se celebra el *Thanksgiving* en los Estados Unidos, una de las mujeres informantes comentó que "es en recuerdo de que los españoles y los *pilgrims* dieron gracias a Dios" (p. 156).

4. En el cuarto y último capítulo, Rodríguez-Shadow señala la importancia de los procesos de trabajo —que denomina cultura de trabajo— en la construcción de la identidad femenina en Mora. Observa cómo la sociedad dominante ha creado una opinión en torno al trabajo femenino. Así, en el terreno del ideal cultural, el hombre es el responsable de trabajar fuera del hogar para garantizar el sustento, y es "obligación" de la mujer hacerse cargo de las tareas domésticas y del cuidado de los niños asumiendo con ello un rol productivo y reproductivo, ya que es la depositaria de la cultura social y la transmisora de ese conocimiento, así como la responsable de la procreación, lo que garantiza la continuidad cultural y biológica del grupo, que incluye también la reproducción de la fuerza de trabajo.

La autora define los conceptos de hogar, grupo doméstico y trabajo para este particular. El hogar es identificado como el espacio privado, en que se satisfacen necesidades materiales, sociales y emocionales, y "donde tiene lugar una serie de procesos de trabajo cuyo fin es asegurar la manutención y reproducción de la vida humana". El grupo doméstico es "el conjunto de individuos que conviven y participan conjuntamente en actividades productivas y reproductivas", y el trabajo es definido "como la actividad productiva que se realiza dentro del hogar, tanto para crear valores de uso como valores de cambio, así como el efectuado para obtener un salario" (pp. 167-168).

Como en Mora no existe actualmente el servicio doméstico y la mayor parte de las mujeres entrevistadas que trabajan (empleadas, secretarias, maestras y enfermeras) al

regresar a su hogar deben hacerse cargo de las tareas de limpieza, preparación de alimentos y cuidado de los hijos —lo que la autora identifica como el “no trabajo”, considerado así por la ideología dominante—, se puede constatar que las mujeres que trabajan fuera del hogar, devengando un sueldo en este tipo de sociedad, tienen y asumen una posición subordinada con respecto a los hombres.

No sólo reciben un mal salario y sus oportunidades de empleo son escasas (a lo cual se vincula la baja escolaridad que no les permite acceder a trabajos mejor calificados y remunerados), sino que, aparte, comenta la autora, deben hacerse cargo de tareas domésticas, del cuidado de los hijos y del apoyo psicológico a la familia. La autora diferencia el trabajo de las moreñas de la primera mitad del siglo XX del trabajo femenino en Mora luego de la Segunda Guerra Mundial.

Durante la primera mitad del siglo pasado, la falta de un sistema de agua entubada y de luz eléctrica hacía que las labores del hogar fueran sumamente pesadas, en particular el lavado de la ropa, ya que se tenía que acarrear el agua desde las acequias hasta las viviendas. La elaboración de los alimentos era diferente, pues se usaban las estufas de leña y los hornos de “media naranja” para hacer el pan; asimismo, se preparaban las conservas:

Una informante recuerda que “en el rancho había tanto trabajo que ni tiempo teníamos de aburrirnos, siempre estábamos muy ocupaditas. Los quehaceres de esos tiempos eran muy diferentes a los que se hacen ahora, ya todo viene en jarro /comida enlatada/, antes una lo tenía que hacer todo con las manitas” (p. 173).

Pero el trabajo también incluía las faenas en el campo, como lo demuestra este otro testimonio de una mujer moreña de 90 años:

Cuando mi marido se iba a trabajar a Wyoming como pastor de borregos, yo me quedaba con la labor y a cuidar a la familia; entre yo y mis dos hijas mayores y mis dos hijos más chicos teníamos que regar la alfalfa, que escardar, cortar el maíz, cortar alverjones, dar de comer a las vacas, a los marranos, los caballos, ¡hasta conejos teníamos! En aquella época yo empacaba mucho y de todo, empacaba como 500 frascos de frutas y verduras para poder pasar el invierno. (p. 182)

Estas mujeres hacían la ropa de la familia, elaboraban el jabón con el sebo sobrante de las vacas, fabricaban las velas, preparaban tortillas, crema, queso, mantequilla y pan; La autora considera a todos estos productos “caseros” con valor de uso y valor de cambio, ya que el producto sobrante podía ser vendido o intercambiado “para obtener ingresos adicionales” (p. 174).

De las mujeres entrevistadas, “aunque casi todas ellas tuvieron o han desempeñado un trabajo asalariado, deben realizar jornadas completas de labores en el hogar [...] El 44.7% de las entrevistadas admite no gustar en absoluto del trabajo doméstico [...] generalmente declaran que les complace cocinar, pero que les fastidia lavar los platos y a otras no les gusta planchar; sin embargo, todas dijeron que sus maridos se niegan a ayudar en la realización de las labores que a ellas les disgustan [...] Sólo 18.3% afirma que tales tareas les parecen agradables y gratificantes, sobre todo porque lo hacen para sus seres queridos.” (p. 189).

Para terminar, quiero comentar que la sociedad actual, particularmente en las grandes urbes mexicanas, nos hemos acostumbrado a consumir la comida de los *jarros*, es decir, la comida enlatada; se han introducido la costumbre de la *Fast food* y el uso del microondas para la preparación de los

alimentos congelados que venden en los supermercados. Cada vez es menos la gente que se deleita con la comida llamada artesanal, que se debe buscar y pagar en un buen restaurante con un *chef*, que sepa cocinar esos platillos, así se trate de unos chiles en nogada.

Las recetas de las abuelas pueden dar un buen pretexto para hacer una novela, y de esta forma, la nostalgia se apodera hasta de nuestras costumbres culinarias. Quizá en lugares como Ciudad Delicias, Chihuahua, la gente de allí prepara todavía las conservas de frutas para el invierno, como los exquisitos duraznos. Una labor que se supone exclusiva e inherente a las mujeres, ha cambiado por la irrupción de la comida enlatada. Dejar de preparar mayonesa casera o mermeladas de frutas, consideradas anteriormente actividades que formaban parte del aprendizaje femenino, no ha significado una transformación en la forma de vida de la mayoría de las mujeres. Ahora en la ciudad y entre los grupos de clase media alta se utiliza el multiprocesador en vez del molcajete, pero la mirada masculina que pesa sobre lo femenino no ha cambiado; sigue siendo, en la mayoría de los casos, una mirada dominante.

Saber hacer una mermelada proporciona generalmente placer y una sensación de poder. Pero no saber hacer mermelada es parte de la vida cotidiana impuesta por la sociedad de consumo. Las formas capitalistas irrumpen y acaban con el artesanado culinario a nivel doméstico. ¿Significa eso terminar con los mecanismos de opresión y la desigualdad genérica? Las mujeres de Mora, gracias a la erudita exposición de María J. Rodríguez-Shadow, nos proporcionan un ejemplo de que la modernidad puede llegar en sus formas más sofisticadas a lugares recónditos del mundo rural del suroeste de los Estados Unidos, sin que por ello la dis-

criminación femenina a nivel familiar, laboral o étnico haya desaparecido.

Quiero terminar esta reseña con palabras de la autora que, a primera vista, quizá se vislumbren como una hermosa utopía, pero, ¿acaso las utopías no han conseguido que el mundo sea mejor?:

Tengo la esperanza de que con base en los resultados de mi trabajo entre las mujeres de Mora se produzca un proceso de toma de conciencia, a partir de las vivencias opresivas y personales; que represente, por lo tanto, un cuestionamiento de la vida cotidiana de cada mujer [...] Espero que mi trabajo contribuya de alguna manera a que las mujeres de Mora tomen conciencia de que la opresión genérica, la subordinación étnica y la explotación económica a la que han estado sometidas no forman parte de un destino fatal, sino que éstas se hallan ancladas a estructuras particulares presentes en la sociedad global; que en efecto, ésta no va a cambiar con el solo acto de la voluntad, sino que será necesario luchar para romper con esos moldes y las imposiciones sociales. (pp. 202-203). LC



Identidad femenina, etnicidad y trabajo en Nuevo México, María J. Rodríguez-Shadow, Toluca, UAEM, 2003, 223 pp.